

La pesadilla jamás imaginada

Catalina es una adolescente de dieciséis años, vive en Bogotá junto a sus papás, más precisamente en el centro de la capital colombiana. Tiene muchos amigos, estudia en un buen colegio, vive en una casa grande, una vida realmente soñada por muchas chicas de su edad. Pero de un día al otro se encuentra en una situación que nunca había imaginado estar.

Parecía un día normal, la chica vuelve a su casa después de largas horas en la escuela. Encuentra a sus padres sentados en el sillón. Se sorprende, no era normal verlos por la tarde y se preocupa, encima por las caras que tenían.

- Pues... ¿pasó algo?

- Bueno hija, el gobierno ha decretado una cuarentena en el país.

- ¿Y eso qué es?

- Por el nuevo virus, tendremos que estar todos en casa. No habrá más clases, se van a cerrar los centros comerciales, los parques... bueno, ¡todo!

- ¿Por cuánto tiempo?

- No sabemos.

- Pero no pasará nada con el viaje de vacaciones a Santa Marta, ¿cierto papá? - Le pregunta con los ojos aguados.

- Catalina, esa no debe ser la mayor preocupación ahora y sí que quedémonos todos bien.

Catalina se aleja y sube las escaleras con destino a su cuarto sin decir nada más. Se tira a la cama, se pone a pensar sobre todo lo que acaba de descubrir y que cambiará en su vida. Días, semanas, meses se pasaron y ya no aguanta estudiar en casa, extraña mucho a sus amigas, ir al cine y los picnics en el Parque Simón Bolívar. Se da cuenta que hasta las salidas de estudios a la Biblioteca Nacional, o las clases de historia en el Museo del Oro, que antes le daban muchísima pereza, hoy le hacen falta.

Suena su alarma y se despierta asustada. Lista para empezar su clase, no encuentra la computadora y baja a la sala. Le llega un mensaje de su mejor amiga, Elisa. Mira a la pantalla y lee “¡Me enteré de un chisme y no te lo vas a creer! ¡Te lo cuento hoy en el colegio!” ¿En el colegio, pero cómo? Tampoco encuentra a sus papás en casa, pero sí un papel pegado en la nevera: “Que tengas un lindo día, ya salimos a trabajar y hoy te recorremos en la escuela.”

Catalina se queda mirando a su alrededor e intentando comprender qué estaba pasando exactamente, ¿La pandemia se había terminado y nadie le había contado? Hasta que se da cuenta que todo no había pasado de una terrible pesadilla. En el camino hacia la escuela piensa todo lo que “vivió” en una sola noche. Percibe que lo más importante no son los viajes de vacaciones o las cosas materiales. Entiende que lo más simple y lo más cotidiano es lo que hay que valorar. Estar sana, con su familia, sus amigos o tener la oportunidad de estudiar, ¡eso sí es importante! Desde entonces pasó a ser más agradecida por lo que tiene y nunca más se quejó por tonterías.